

Pasión por lo que se hace

CAP 5 | EDICIÓN 02 | MAR • 2023



LAS DOS CARAS DEL BALLET

En la Universidad del Rosario hay dos poetas del movimiento: **Manuela Acosta Fajardo** y **Sara Alejandra García**. Ambas son bailarinas de ballet y en estas páginas conoceremos su historia. Por medio de ellas también veremos las dos caras del ballet: la competitiva y la artística.

POR FERNANDO MEJÍA

C

uando se habla de ballet, se habla de precisión, perfección y belleza. Estos tres componentes definen muy bien esta danza, que a muchos les gusta llamar también con la vieja y usada metáfora de "poesía en movimiento". Y, en efecto, el ballet es todo eso, pero también es mucho más.

Pero una parte de ese "mucho más" no se tiene en cuenta en esas formas de calificar al ballet. Se trata de sus dos caras: la competitiva y la

artística. Dos modalidades que se ejemplifican perfectamente en las estudiantes rosaristas **Manuela Acosta Fajardo** y **Sara Alejandra García**. La primera lo practica de forma competitiva, mientras que la segunda lo hace enfocada en lo artístico. Ahora, mientras conocemos la historia de estas dos talentosas bailarinas, entendemos un poco mejor en qué se diferencian esas dos caras del ballet.





EL BALLET, UNA PASIÓN DE TODA LA VIDA

Hay un sueño de muchas mujeres, cuando son niñas, del que nos privamos muchos hombres por nacer en una sociedad machista y homófoba: bailar ballet. Ellas quieren parecerse a las bailarinas que ven en televisión o en cine. Anhelan expresar con su cuerpo esa elegancia, esa belleza y esa perfección. **Manuela Acosta**, nacida en Bogotá hace 22 años, lleva cumpliendo ese sueño desde los cuatro años.

Luego de aprender a caminar, Manuela no paraba de bailar cuanto música escuchaba. Un día, caminando con su madre por el norte de Bogotá, en Usaquén, una pequeña e inocente Manuela de cuatro años vio un letrero de "valet parking" y se emocionó pensando que era un lugar para bailar ballet.

Al ver ese entusiasmo, ayudada por la intensidad inagotable de Manuela por querer bailar en una escuela especializada, su madre la inscribió en la Academia de Danza Golden, de propiedad de los hijos de un amigo de su padre (el abuelo de Manuela). Ella permaneció allí hasta que cumplió nueve años de edad, pero en ese momento tuvo que dejarla porque cambiaron los horarios de práctica, y no encajaron con sus jornadas escolares.

A pesar de ese cambio, Manuela no dejó la danza. Mover su cuerpo al ritmo de la música es una de las cosas que más ama, en su vida no tiene recuerdos en los que no lo esté haciendo. Poco tiempo después, ingresó al grupo de danza de su colegio, el José Max León, ubicado en Cota (Cundinamarca), y, aunque ya no practicaba ballet, interpretaba con su cuerpo casi todos los ritmos conocidos.

A los 14 años la academia de ballet le hizo falta. Buscó y encontró una, que casualmente había sido comprada por la Academia de Danza Golden. Allí no solo practi-

↑ **A Manuela le gustaría viajar a Nueva York** e inscribirse en el Broadway Dance Center o en El Joffrey Ballet School. En esos dos lugares, que ella considera las mejores academias de los Estados Unidos, le gustaría bailar todos los días, durante uno o dos meses seguidos, hasta decir "no más", como ella bien lo recalca.

AUNQUE MANUELA NO CONOCÍA MUCHO SOBRE LA INSTITUCIÓN, AL CONOCER EL CAMPUS DEL ROSARIO SUPO QUE ESE ERA EL LUGAR EN EL QUE QUERÍA ESTUDIAR. AHORA SU PRIORIDAD ESTÁ EN AMBAS PASIONES: LA DANZA Y SU CARRERA.

can ballet, sino también *cheer* (porrismo), danza urbana y jazz. Desde entonces, Manuela ha estado allí practicando ballet a nivel competitivo, pero también jazz, curiosa por probar otro tipo de danza. Ahora complementa ambas modalidades y asegura que, aunque el ballet es su primer amor, prefiere competir con jazz, pues le permite explorar más su creatividad.

Con más de seis años de experiencia en esta academia, Manuela, que es una mujer determinada y persistente, ya forma parte del grupo élite de ballet y jazz. Es una de las mejores cartas que tiene su escuela para todo tipo de categorías: solos, duetos, tríos o grupos. Todo porque Manuela es una talentosa y curiosa amante de la danza, que desea explorar muchos más estilos para ser cada vez mejor.

| Ballet competitivo para inexpertos

La imagen popular que se tiene del ballet es que es una disciplina netamente artística. Sin embargo, Manuela la practica de forma competitiva, lo que le da un tono deportivo. La competencia, como explica ella, consiste en interpretar una rutina de repertorios clásicos ante un grupo de jueces que la valoran y dan su puntuación a partir de una serie de criterios para clasificar a los competidores en un *ranking*. Gana, obviamente, quien obtenga el mejor puntaje.

Manuela considera que el aspecto deportivo en el ballet, y en la danza en general, va más allá de la competencia. En su opinión, al bailar hay un esfuerzo físico equiparable al de los deportistas, aunque la rutina sea competitiva o no. Durante los entrenamientos del ballet competitivo, explica ella, pueden repetir la



↑ **Manuela sueña con crecer profesionalmente**, sobre todo ahora que está a punto de graduarse, porque ve que tiene muchas posibilidades después de todo lo que ha aprendido.

misma coreografía por cinco horas hasta que salga perfecta tres veces. Por todo ello, el ballet exige ejercitar todos los músculos.

Y, como pasa en el boxeo, en la esgrima y en muchos otros deportes, en el ballet es indispensable un entrenamiento de muchos meses para competir con una rutina que puede durar un minuto. Todo esto que explica Manuela puede ser mucho más deportivo que cualquier otra disciplina competitiva; no obstante, el ballet no es considerado formalmente un deporte. Aunque debería ser así.





¿Qué tienen en común las matemáticas y las ciencias de la computación con la danza?

Seguramente hay algunas respuestas a esa pregunta que pueden ser mucho más académicas y científicas, que expliquen los movimientos desde las matemáticas. Sin embargo, en este texto solo hay una respuesta que interesa: Manuela. Ella, además de ser una gran bailarina, es estudiante de Matemáticas Aplicadas y Ciencias de la Computación en la Universidad del Rosario.

Llegó a esta carrera porque en el colegio era muy buena en matemáticas, y porque sabía que no podría vivir solo de la danza, ya que en Colombia no hay suficiente apoyo para el crecimiento de los bailarines.

Para que una persona pueda hacerlo –agrega–, por lo general debe irse del país y eso solo sucede si se descubre un talento a nivel de virtuoso, a temprana edad –menos de cuatro años–. Manuela retomó la academia muy tarde, a sus 14 años. Eso le impidió que reconocieran su potencial para salir del país y construir su vida sobre la base de la danza.

Entonces, gracias a su profesor de matemáticas del colegio, Manuela conoció la carrera de la Universidad del Rosario. Le gustó y optó por estudiarla, sin dejar de lado su gran pasión. Aunque previamente no conocía mucho sobre la institución, al conocer el campus supo que ese era el lugar en el que quería estudiar. Ahora su prioridad está en ambas pasiones: la danza y su carrera.

Manuela sueña con crecer profesionalmente, sobre todo ahora que está a punto de graduarse, porque ve que tiene muchas posibilidades después de todo lo que ha aprendido. También quiere formar una fa-



↑ **Mover su cuerpo al ritmo de la música es una de las cosas que más ama Manuela.**

milia y brindarles todas las oportunidades a los dos hijos que desea tener; darles todo a sus padres, con quienes está muy agradecida, y ayudar a su hermana en lo que necesite. Agrega que anhela bailar y competir hasta que su cuerpo se lo permita.

Como parte de ese deseo insasiable por bailar, a Manuela le gustaría viajar a Nueva York e inscribirse en el Broadway Dance Center o en el Joffrey Ballet School. En esos dos lugares, que ella considera las mejores academias de los Estados Unidos, le gustaría bailar todos los días, durante uno o dos meses seguidos, hasta decir “no más”, como ella bien lo recalca. Y no lo quiere hacer para competir, sino simplemente por bailar, porque ese es su gran amor y quiere hacerlo hasta que la música se acabe en su vida.

MANUELA CONSIDERA QUE EL ASPECTO DEPORTIVO EN EL BALLET, Y EN LA DANZA EN GENERAL, VA MÁS ALLÁ DE LA COMPETENCIA. EN SU OPINIÓN, AL BAILAR HAY UN ESFUERZO FÍSICO EQUIPARABLE AL DE LOS DEPORTISTAS, AUNQUE LA RUTINA SEA COMPETITIVA O NO.

EL BALLET COMO ARTE HEREDADO DE FAMILIA



Aunque el ballet también ha estado presente en toda la vida de **Sara Alejandra García**, la forma como conoció esa actividad que se convertiría en su gran pasión es diferente a la de Manuela. Para Sara fue una cuestión de destino y amor: sus padres, bailarines ambos, se conocieron en la universidad y se enamoraron. Gracias a ese encuentro, propiciado por la danza, llegó Sara al mundo.

Pero no solo fue la pasión común que unió a sus padres, la danza fue una con Sara incluso antes de su nacimiento. Su madre, Lorena Romero, seguía bailando durante el embarazo y eran dos seres vibrando con la música en un solo cuerpo. Así, con su

pequeño cuerpo lleno del ritmo de la vida, la futura bailarina nació en Bogotá, en 2003. Ella, que recién llegaba al mundo, ya llenaba el corazón de su padre, Óscar García, quien veía fascinado las tiernas manos y piernas de su hija recién nacida y vaticinaba que sería bailarina o pianista.

Como un Nostradamus bailarín, el padre de Sara acertó: ella es música y, aunque no se considera profesional, su talento raya con el virtuosismo; dice que le pueden dar cualquier instrumento y, después de una breve explicación, es capaz de interpretarlo sin problema. Sin embargo, sus instrumentos favoritos son el violín, el piano y su voz, porque también canta.

La música es esencial en su vida. Tanto es así que escuchar algo nuevo todos los días es un hábito para ella. Aunque le gusta la música clásica, gracias al ballet, es fan del rock y del metal por influencia de su padre, una vez más. Y, hablando de él, en su epifanía no vislumbró otra gran pasión innata de su hija: el teatro. Pero Óscar y su oráculo de amor paternal sí que dieron en el clavo con la danza. Hoy, Sara es bailarina de ballet profesional.

Y no podría ser de otra forma. Los relatos familiares cuentan que el maestro de ballet de sus padres, el también poeta Edgard Sandino, tomaba a Sara en sus brazos mientras dictaba las clases, como si ella fuera uno de sus versos y él lo estuviera declamando, iluminado por la sonrisa de la pequeña bailarina, quien aún no caminaba. De ello dan cuenta algunas de sus fotografías, en las que se ve a una pequeña Sara, de apenas tres años, que le daba al mundo sus primeros movimientos artísticos, bailando con un tierno tutú. La magia se dio: Sara y el ballet fueron uno desde entonces.

Fue precisamente a esa edad cuando comenzó a practicar ballet en una escuela

↑ **Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo**, 2017. V Encuentro de Ballet en Bogotá, Piedras Preciosas. Grupo de danza Isadanza, dirigido por Isabel Rodríguez.





LUEGO DE GANARSE LA BECA DE LA UNIVERSIDAD DEL ROSARIO, DONDE LORENA, SU MADRE, ES PROFESORA DE BALLET, SARA OPTÓ POR ESTUDIAR ALLÍ. SE DECIDIÓ POR LA FISIOTERAPIA, NO SOLO POR LA BECA, SINO TAMBIÉN PORQUE SU MADRE ES FISIOTERAPEUTA DEPORTIVA.



formativa. Desde entonces, ha mejorado su técnica gracias a la enseñanza de diferentes maestros que ha tenido durante su vida. Pero también gracias a sus padres y los amigos de sus padres, que se mueven en el medio artístico y de la danza en el país.

No obstante, estar rodeada de bailarines le generaba a Sara una gran presión. Sus padres eran insistentes en que ella no podía faltar a un entrenamiento y que debía estudiar siempre. También criticaban continuamente, aunque de forma constructiva, su estilo de baile. Pero era tan intensa la manera en que le inculcaban disciplina a su hija, que incluso el abuelo materno de Sara, Juan Andrés Romero, –su persona favorita en el mundo y quien más la conoce– le decía que, si sus padres no se relajaban un poco, ella acabaría odiando el ballet.

↑ **“En URosario Festival 2022**, tuve la oportunidad de bailar al lado de ChocQuibTown conociendo a Goyo, Tostao, Mike y todo su equipo. Uno de los momentos más felices de mi vida”. comenta Sara después de la entrevista.

Y lo que dijo el abuelo de Sara, como si se tratara de una familia de profetas, también estuvo a punto de suceder. Por un período de dos años, ella y el ballet se alejaron, porque en todas las buenas relaciones eso puede pasar. Sara estudiaba como becaria en la Academia Anna Pavlova y, luego de un tiempo de practicar allí, cuando tenía 13 años de edad, llegó un nuevo entrenador, de esos que parecen confirmar algunos prejuicios sobre la crueldad en el ballet. Criticaba a Sara por su aspecto físico, diciéndole “gorda”, aunque fuera delgada, entre otras cosas.

Así, a punta de insultos, ese profesor deterioró la alegría de bailar de Sara y ella terminó por alejarse del ballet que tanto amaba, pero que ya comenzaba a odiar. Pero el amor fue más fuerte y a los 15 años Sara volvió a reunirse con su gran pasión. Se inscribió en otra academia, donde una bailarina cubana la acogió como su pupila y logró que Sara recordara lo bello de la disciplina. Entonces, volvió el amor.

| **Una artista fisioterapeuta**

Sara confiesa que su alma artística, el ballet y la música no le han dado propiamente disciplina, sino que ella vive en un caos que

→ **Sara en el Festival Híppie 2020**, junto a su padre Óscar García.



sabe controlar y que le gusta. Y lo controla de tal manera que toca piano y violín sin haber sido muy juiciosa practicándolos. Y ese “caos controlado” también se veía reflejado en su desempeño académico durante su época estudiantil en el Colegio Champagnat de Bogotá, el cual fue tan bueno que le valió para ser candidata a una beca en la Universidad del Rosario.

Su sueño de niña siempre fue estudiar Medicina. Aunque parezca extraño por su corazón de artista, Sara ama la ciencia. De hecho, es una mujer sumamente curiosa, que quiere aprenderlo todo. Sin embargo, durante la pandemia comenzó a dudar sobre cuál camino elegiría y, para ampliar sus dudas, sus padres le manifestaron su preocupación por que las fuertes exigencias de la Medicina le restaran tiempo para dedicarlo a sus actividades artísticas.

Con esas inquietudes en mente, y luego de ganarse la beca de la Universidad del Rosario, donde Lorena, su madre, es profesora de ballet, Sara optó por estudiar allí. Se decidió por la Fisioterapia, no solo por la beca, sino también porque su madre es fisioterapeuta deportiva. Ahora que es universitaria, le gusta estudiar más que en el colegio, confiesa. Su disciplina aflora en el Rosario porque su alma artística la hace inclinarse más por la libertad que por la rigidez que caracterizaba a su colegio, según su relato.

| El ballet es pasión, el ballet es arte

Para Sara el ballet es una pasión que practica por amor, no por competencia. No se pierde ninguna obra, cuando la invitan a ser parte, pues, además, es sumamente inquieta e hiperactiva. No se detiene. Ella cuenta que ha viajado gracias al ballet. A manera de ejemplo, narra que ha viajado tres veces a Cuba para participar en encuentros inter-


nacionales de bailarines. Allí conoció a bailarinas de diversas partes del mundo, quienes ahora son sus amigas. También ha asistido a eventos en Cali, Neiva y otras ciudades, pero no para competir, solo para presentarse porque le gusta hacerlo, porque ama el ballet.

Pero, igualmente, Sara sí ha competido. En Bogotá, por ejemplo, participó con la academia Anna Pavlova en un certamen que,

curiosamente, fue organizado por la Academia de Danza Golden, a la que pertenece Manuela. Vivir ese ambiente competitivo no le gustó porque lo considera demasiado estricto y no le permite expresarse artística, creativa y libremente. Ganar no le interesa a Sara, solo le importa seguirse formando y mejorar. Ella baila solo por expresarse, por amor al arte, literalmente hablando.

Aunque hemos hablado de las dos caras del ballet, la competitiva y la artística, como si fueran antagónicas, hay varios puntos en los que convergen. En Sara y Manuela, por ejemplo, ese punto de convergencia está en su pasión y en su amor por la danza. Así mismo, en lo que este arte significa para sus vidas. Para Manuela bailar lo es todo; es su lugar seguro, su terapia. Dice que va a la academia y saca todo lo malo que pueda estar causándole un peso. Aunque lo expresa de otra manera, para Sara es algo similar. Ella asegura que el ballet

es su espacio de desconexión con el mundo. Durante las dos horas diarias que practica, olvida todo lo demás.

Por eso, cuando Sara y Manuela salen a bailar a una discoteca, se transforman en las estrellas que más iluminan la pista de baile y se convierten en el centro de atención. Ningún ritmo las supera, y no es para menos: ellas son el paradigma perfecto del ballet. Ellas son dos hermosas, apasionadas, virtuosas y luminosas caras del ballet. La vida es música y ellas la seguirán bailando hasta que el cuerpo aguante. 

LA MÚSICA ES ESENCIAL EN LA VIDA DE SARA. TANTO ES ASÍ QUE ESCUCHAR ALGO NUEVO TODOS LOS DÍAS ES UN HÁBITO PARA ELLA. AUNQUE LE GUSTA LA MÚSICA CLÁSICA, GRACIAS AL BALLETO, ES FAN DEL ROCK Y DEL METAL.